

EL PINTOR EUGENIO HERMOSO

Muy pocos días antes de su muerte yo le había visitado en su estudio de Madrid. Lo encontré mal. Agotado. Sali del estudio presintiendo que el gran pintor se nos iba a la carrera. Y, sin embargo, la noticia fue sorpresa para mis ojos y para mi corazón. La muerte siempre choca en nosotros. Que no; que no la queremos. Que contamos y no contamos con ella.

Razones artísticas y sentimentales me mueven a dedicarle el recuerdo-homenaje de estas líneas. Porque él fue mi primer guía por el camino del arte. Y porque fue en sus cuadros donde, por primera vez, vieron mis ojos que hasta la más efímera y pobre realidad podía hacerse imagen perpetua y bella. Todo ello en Huelva, ciudad extrema del sur, donde el pintor residió algunos años. Años de su juventud, los de su más pujante y encendida floración de arte.

Allí llegó, desde Fregenal de la Sierra —lugar de su nacimiento—, allá cuando la primera guerra mundial, para hacerse cargo de una escuela de pintura, que ya venía funcionando, costeada por la Diputación Provincial. En ella, y con él como maestro, me inicié yo en el aprendizaje de la pintura. Últimos meses del año 1917 hasta los primeros de 1919, en que este gran pintor decidió trasladarse a Madrid. Aquel año —1917— le habían concedido en la Exposición Nacional de Bellas Artes la Medalla de Oro por su cuadro «A la fiesta del pueblo», cuadro, sin duda alguna, el más alegre del Museo de Arte Moderno de Madrid. Porque Hermoso fue el que aportó la risa y la alegría a la pintura española.

Esa Medalla de Oro se le estaba debiendo al artista, ciertamente, desde 1906, que fue cuando presentó en la Nacional «La Juma, la Rifa y sus amigas», cuadro, a mi juicio y al de muchos, que bien puede colocarse, sin el menor encogimiento, entre los mejores de la pintura española. El mejor, sin duda alguna, que salió de los pinceles de Eugenio Hermoso. Un cuadro con plenitud de maestría y de gracia. Uno de esos cuadros de los que se piensa que alrededor del artista hubieron de andar ángeles para que pudiera producirse.

El jurado de aquella exposición concedió al cuadro de «La Juma» medalla de segunda clase, y, como motivo de no haberle otorgado la de oro, alegó que era muy joven su autor. Sí que lo era: veintitrés años. Pero se daba el caso de que en la exposición de 1901 —cinco años antes— se la habían concedido —con toda justicia, sin duda alguna— a López Mezquita, por su cuadro «Cuerda de presos», contando este pintor no más de dieciocho años. Con este precedente, ¿por qué se había de regatear a Hermoso un honor tan merecido? De esta injusticia quedó el artista dolorido por toda su vida. Acaso, más que por la injusticia en sí, porque esta fue la causa de que las nuevas promociones de artistas, tan despreciativas hoy del arte nacional, cuando éste no tiene gran parentesco con lo ultrapirenaico, no hayan tenido ocasión de enfrentarse con aquella joya pictórica. Porque si el cuadro de «La Juma» hubiera obtenido la recompensa que merecía, estaría hoy en el Museo de Arte Moderno como exponente máximo de la capacidad de un artista muy pintor, muy poeta y muy español.

Hermoso pertenece a una generación que dio sus mejores frutos en el primer cuarto de nuestro siglo. Una generación ilustre. Un período breve, pero de oro.

Oro al que últimamente se le ha estado echando tierra. Confíemos en que esta tierra le será quitada —y no habrá bastante con ella—, para cubrir tanto nombre como ahora se está levantando por una propaganda irresponsable e impúdica. A esa generación, a la que podemos denominar de 1900, corresponden, con diferencia de pocos años, los nombres de Sotomayor, Chicharro, Romero de Torres, los Zubiaurre, Zuloaga, Arteta, López Mezquita, Benedito, Julio Moisés, Vázquez Díaz, Cristóbal Ruiz...

Recordamos a Hermoso en su juventud. Lo vemos saliendo de su casa del paseo de Santa Fe, de Huelva. Bella y auténtica estampa de artista. No era sólo por su discreta melena, negra y ensortijada, por lo que a su paso llamaba la atención. Era que su inteligencia y su alma de poeta daban luz a su figura. Dos fueron las casas que habitó en dicha calle. La primera creo que ya no existe. La última no creo equivocarme si digo que fue la número cinco, planta baja, derecha. Un piso con un largo corredor, estrecho, por el que nosotros —ocho o diez discípulos— veíamos deslizarse, silenciosamente, como sonámbula, a su mujer, ya afectada de perturbación mental, nube que ensombreció para siempre la vida de nuestro artista.

Siempre que fui a Madrid le visité. Disfrutaba yo oyéndole hablar de arte, porque decía muchas cosas originales y siempre acertaba. Finalizaba ya su vida —a los ochenta años— y hablaba sobre pintura con el mismo gusto y entusiasmo que un joven. Con más entusiasmo que muchos jóvenes.

Ultimamente —hará unos cuatro años— publicó en un grueso volumen su autobiografía. Libro bastante bien escrito. Sebroso de ocurrencias y con un estilo llano, tan adecuado a su espontánea personalidad, que leyéndolo a su autor se tenía la sensación de estar oyéndole personalmente.

Eugenio Hermoso fue un Quijote que jamás se avino con la injusticia y con la farsa. Un Quijote del arte, a quien ni en sus últimos días se le quedaron vacíos los nidos de su juventud.—Sebastián GARCÍA VAZQUEZ.



Tren especial
para la
cabalgata
monumental
de coros
y chirigotas
de Cádiz

Domingo 17 Febrero

Salida: 7,55 mañana - Regreso: 10,30 noche

Precio ida y vuelta 90 pts.

Viajes

A.T.E.S.A.

Av. Quelpo de Llano, 5 - Telfs. 14193 y 11557

Señorita

culta, buena presencia, espíritu comercial, crearse situación independiente para trabajar provincia artículo gran consumo marca conocida, pudiendo ganar 6.000 pesetas libres. Presentarse Luciano Jubert, Velázquez, 6, de 12 a 1 y de 7 a 8